

Universidad de investigación y universidad con ideario.  
Dos proyectos del siglo XIX y su encuentro contemporáneo

Manfred Svensson

Texto presentado el 8 de septiembre de 2017, con ocasión del vigésimo octavo aniversario de la Universidad de los Andes.

## 1. Introducción

Agradezco al Consejo de Rectoría la honrosa invitación que me hiciera –y, conmigo, a la Facultad de Filosofía y Humanidades– a dictar esta clase en el vigésimo octavo aniversario de la fundación de nuestra universidad. En ocasiones como ésta, nuestra mirada se dirige de modo natural al pasado no solo de nuestra propia institución, sino del conjunto de la universidad. Y en lo más remoto de ese pasado, encontramos palabras como las siguientes.

En otro tiempo, cuando cada maestro enseñaba de forma independiente y cuando el nombre de universidad era desconocido, había más lecciones y discusiones y más interés en las cosas del saber. Pero ahora, cuando nos hemos reunido en una universidad, estas lecciones y discusiones se han vuelto menos frecuentes; todo se hace de modo apresurado, se aprende poco, y el tiempo que necesitamos para estudiar lo malgastamos en reuniones y en disputas. Mientras los viejos están en reuniones creando estatutos, los jóvenes se dedican a armar líos y a usar la noche para planificar sus ataques<sup>1</sup>.

Las palabras recién citadas pertenecen a Felipe el Canciller, un poeta y teólogo que fue canciller de la Universidad de París a comienzos del siglo XIII. Y quien se cruza con sus palabras, no puede sino quedar con una impresión fortísima respecto de la medida en que nuestros problemas actuales se ven reflejados en otros momentos de la historia de la universidad. Jóvenes que tiran piedras y viejos en reuniones redactando estatutos. Concedamos que la parte que aquí toca a los jóvenes no carece de cierto encanto. Pero la de los viejos no sólo carece de él, sino que sigue siendo parte del lamento de hoy por la crisis de la universidad

Dicho lamento se resume en que alumnos y profesores queríamos estudiar, pero que no solo por presiones externas, sino por descarrilamientos de la propia actividad universitaria,

---

<sup>1</sup> Citado en Hilde de Ridder-Symoens, *Historia de la Universidad en Europa*, vol. I Servicio editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1994. p.17 (traducción levemente modificada).

estamos dedicados a otras cosas. Al menos en esa formulación general del diagnóstico convergen críticos marxistas como Terry Eagleton, conservadores como Roger Scruton y liberales como Alfredo Jocelyn-Holt (por nombrar a alguien de nuestro medio). Descendiendo a lo particular, esta crítica se dirige muchas veces a las dos tenazas por las que parece atrapada nuestra actividad: la acreditación, por un lado, y formatos estrechos de investigación, por el otro; dos tenazas que desde luego se refuerzan recíprocamente. Los diagnósticos son severos. Recientemente se ha afirmado que en las Humanidades el 82% de los artículos que se publica no son citados nunca y que solo el 20% de lo citado habría sido de hecho leído. Naturalmente, se ha procurado responder a tan gruesas cifras con otra avalancha de estudios que las desacrediten. Nuestra suerte no depende del todo de tal respuesta: digan lo que digan tales estudios, siempre podremos afirmar –y con toda razón– que es bueno estudiar algunas cosas aunque solo cinco contemporáneos nos lleguen a leer. Pero la impresión de que algo huele a podrido en la universidad contemporánea parece demasiado extendida como para repelerla solo introduciendo matices.

Si esas son las críticas que se dirige a la universidad de investigación, las que se dirige a la universidad con ideario o confesional –expresiones que hoy usaré como equivalentes– parecen ser muy distintas. Si los problemas de la universidad de investigación son de hipertrofia, los de la universidad con ideario serían de atrofia. No se trata de críticas del todo simétricas, pero las universidades con ideario serían instituciones que, pudiendo cumplir alguna función social relevante, representarían una versión incompleta del ideal universitario. Ellas estarían guiadas por ciertas creencias de carácter privado, agendas particulares que estarían en tensión con el carácter público de la racionalidad universitaria y que así incluso impedirían la verdadera investigación. Que una institución tenga alguna vaga inspiración religiosa, o que se deje alimentar por algún proyecto o ideal cultural específico, sería aceptable, pero representaría una forma inferior de la existencia universitaria.

Estas críticas a ambos tipos de universidad se mezclan por supuesto con nuestras impresiones del mundo extrauniversitario: viviríamos en un mundo de sobreinformación y dogmatismo, y la pregunta es si en tal escenario la universidad contribuye a orientar y dialogar, o si solo empeora las cosas con otra dosis de papers y prejuicios.

No voy a esbozar aquí una respuesta directa a estas recurrentes críticas a la universidad de investigación y a la universidad con ideario. Me interesa, más bien, que pensemos sobre el origen de estos dos proyectos y, secundariamente, respecto de su cruce contemporáneo. Porque en dicho origen no sólo hay conciencia de estos problemas, sino que –cabría más bien decir– son precisamente estos problemas los que llevan al surgimiento de tales proyectos universitarios.

Pero preguntar por el origen de las universidades de investigación y por el de las universidades confesionales, podría alguien responder, es simplemente preguntar por el origen de la universidad misma. El investigar y el confesar han estado presentes en la universidad desde que ella es tal. Hay, sin embargo, un sentido fundamental en que estos proyectos nacen en el siglo XIX, y para comprender las encrucijadas actuales debemos dirigir la mirada a esa historia decimonónica. Quiero en primer lugar dirigirme al surgimiento de la universidad de investigación, lo que nos llevará al comienzo de dicho siglo, y luego a la universidad con ideario, que nos conducirá al término del mismo. Tras eso volveremos algo a nuestro propio escenario.

## 2. La universidad de investigación y el exceso de información

¿En qué sentido es una novedad la universidad de investigación? Puede ofrecerse una caracterización sencilla de la misma a partir de las archicitadas palabras de Wilhelm von Humboldt, según las cuales en ella la ciencia sería siempre tratada como un problema no resuelto. Dicha declaración puede parecer una pequeña trivialidad, pero ella determina cada una de las ideas troncales que han guiado a dicho proyecto. Así es esta lógica de investigación abierta la que define la relación entre maestros y alumnos: el maestro no existiría ya para el alumno, como en la educación inicial, sino ambos para la ciencia. De aquí, a su vez, se sigue la centralidad dada a la libertad académica, esencial si no estamos ante la presencia de un saber adquirido de una vez y para siempre<sup>2</sup>. Pero si uno se contenta con esta descripción, apenas parece haber novedad en la universidad de investigación: siempre hemos sabido que el conocimiento avanza de modo gradual y que eso debe tener alguna consecuencia para el modo en que trabajamos.

Pero el sentido de este proyecto comienza a volverse más preciso una vez que atendemos al contexto específico al que responde la fundación de la Universidad de Berlín en 1810, que se volvería el ejemplo emblemático de universidad de investigación. En efecto, la universidad de investigación nacía en medio de un extendido temor al exceso de conocimiento. Como ha notado Chad Wellmon, se trata de un fenómeno que debiera resultarnos muy familiar a quienes vivimos bajo la sugerencia de que hay que adaptarse a un nuevo escenario: las tecnologías digitales han transformado el libro, la música y la prensa, parece inevitable que transformen también la universidad. En suma, las angustias de entonces respecto de lo inabarcable de la información impresa se parecen mucho a las nuestras respecto de la saturación por la información virtual. Como ilustración de esa angustia actual podemos pensar en el sociólogo Zygmunt Bauman, fallecido a comienzos de este año, quien no mucho antes de fallecer declaró que “ahora sé que el exceso de información es peor que su escasez”. Wellmon ha rastreado el verdadero pánico que llega a haber a fines del siglo XVIII respecto

---

<sup>2</sup> Todas nuestras citas de Wilhelm von Humboldt son del breve texto “Sobre la organización externa e interna de nuestras instituciones científicas superiores en Berlín” (1810).

de un mundo inundado de libros, adicciones a la lectura e incapacidad de encontrar saber calificado en medio de tal plaga. Naturalmente, este colosal desarrollo de la palabra impresa se transformaría en pregunta sobre la universidad: en un mundo en el que todos los libros empiezan a estar en manos de todos, no podría sino volverse superflua una institución dedicada sólo a presentar tal conjunto de libros. Si para la difusión del conocimiento se da con herramientas más eficientes, la universidad tendría que justificarse por otro tipo de tarea.

Estos temores podían conducir a dos diagnósticos opuestos respecto de la universidad. Por una parte, la existencia del saber completo recogido en las enciclopedias podía hacer dudar del sentido de mantener siquiera vivas a las universidades. En el contexto de la expansión napoleónica, este carácter obsoleto de la universidad se daba por sentado: PAUSA solo en el Sacro Imperio dieciséis universidades fueron cerradas por las tropas napoleónicas. Se trata, sin duda, de la mayor crisis de la historia de la universidad: en 1789 había 143 universidades en Europa, en 1815 la cifra había caído a 83. Y es importante notar que no solo en ambientes revolucionarios se jugaba con la idea de tales cierres. En efecto, en la última década del siglo XVIII la ilustrada elite prusiana discutió vivamente la posibilidad de no reformar, sino cerrar sus universidades<sup>3</sup>. No sería la última vez, sospecho, que brutalidad revolucionaria e ingenua fe en los nuevos medios coinciden en su torpeza.

Pero la otra posibilidad abierta era pensar la universidad precisamente como respuesta a este escenario. Después de todo, no se estaba ante una simple crisis cuantitativa por el exceso de información. Lo que dicho exceso produce es una crisis cualitativa, al volverse incierto el foco de autoridad intelectual. La universidad de investigación nace ahí no como algo radicalmente nuevo, pero sí repensando y enfatizando algunas dimensiones de la universidad como hasta entonces había sido entendida. Tal proyecto se delimita de modo enfático de la simple producción y acumulación de saber. Así, Wilhelm von Humboldt escribía que “todo se pierde” si pensamos que la ciencia puede armarse “de modo externo por un proceso de recolección”. También en una época de innovación y descubrimiento creía que la verdadera ciencia tiene que surgir desde la profundidad del espíritu. Y para lograr eso no basta cualquier talento, talento que bien puede perderse en dispersos trozos individuales de conocimiento, sino que se requiere cierto entrenamiento. Esta crítica a un mero coleccionismo nos sugiere que la universidad de investigación no nació como una simple extensión del proyecto ilustrado, sino con alguna conciencia de los riesgos del mismo.

Aquí se ha redescubierto, en otras palabras, que los métodos y prácticas de investigación no pueden ser transmitidos en la forma de simples reglas, sino mediante el ejemplo y la práctica continua. La conciencia de este hecho trajo consigo cambios tanto en lo esperado del profesor como en lo esperado del alumno. Es en este contexto, por ejemplo, que en Alemania empieza

---

<sup>3</sup> Chad Wellmon, *Organizing Enlightenment: Information Overload and the Invention of the Modern Research University* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2015. pp. 161-169.

a exigirse un segundo doctorado –la habilitación– a quien desea ser profesor universitario, y es aquí que el título de *Professor*, hasta entonces usado para todo el que enseña, empieza a usarse exclusivamente para quienes han sido llamados a esta unión de docencia e investigación en la universidad. Pero a este cambio de status del profesor lo acompaña un equivalente cambio de situación de sus alumnos. El seminario de investigación, por contraste con la clase magistral, se vuelve de hecho la principal innovación pedagógica de este tipo de universidad. Este tipo de enseñanza, por cierto, no es creación de ella, sino que se había desarrollado durante las décadas precedentes entre los círculos pietistas de Gotinga. El hecho es particularmente interesante puesto que solemos asociar el pietismo con una religiosidad más individual que institucional y más subjetiva y moral que preocupada por la rectitud doctrinal. Sin embargo, imponía a sus estudiantes exigentes requisitos de idiomas –el dominio de seis lenguas muertas, en un célebre caso que no es obligatorio emular. Así, es aquí donde surgió el tipo de seminario de investigación que solo admite alumnos avanzados, que están en condiciones de trabajar codo a codo con el profesor. Y la naciente universidad incorporó tales seminarios como la práctica decisiva para formar las habilidades a las que aspiraba.

Recién cuando surge este tipo de universidad nos volvemos a encontrar con el uso singular de la palabra “ciencia”, como cuando decimos que estamos aquí para dedicarnos a la ciencia. Dicho uso singular había caído por largo tiempo en desuso, y designa aquí no el hábito individual de la *scientia*, como en el uso medieval del término, sino más bien una cultura del conocimiento internamente coherente, que implica no solo libros, sino también costumbres y prácticas distintivas. Y eso significa un giro hacia un cierto *ethos* de la ciencia, la formación de mujeres y hombres dedicados a ella, y la existencia de una institución que vela por tal tarea<sup>4</sup>. La angustia ante el exceso de información fue, pues, abordada no creyendo que se podía buscar sabiduría sin ciencia –nuestra tentación típica ante la avalancha de *papers*–, sino precisamente revisando las prácticas por las que reconocemos un trabajo como científico. Y es a esto que apunta la obra de Wellmon a la que ya he hecho referencia: que muchos de los problemas que hoy tendemos a imputar a la universidad de investigación son no culpa de ella; son más bien aquello que ésta nació para resolver; y aspiró a resolverlos de un modo que permitiera unir internamente la ciencia objetiva con la formación del carácter y virtudes del académico, para así restituir la autoridad intelectual. En palabras de von Humboldt, la meta era trabajar para la ciencia “en el sentido más amplio y profundo, y transmitirla como un objeto apto para la educación intelectual y moral”.

### 3. La universidad confesional en el horizonte plural

---

<sup>4</sup> Chad Wellmon, *Organizing Enlightenment* p. 43.

Ahora bien, ¿resulta razonable proponer que también la universidad confesional es un fenómeno decimonónico como la universidad de investigación? Críticos y adherentes de la universidad confesional coincidirán en lo extraño que puede ser el calificar ésta como un proyecto moderno. ¿No habría que hablar más bien de la universidad con ideario como continuadora de la universidad medieval? A eso bien cabe responder que la universidad medieval, con todo lo arraigada que está en una cultura intelectual cristiana, se entiende simplemente como depositaria de una tarea universal: en la Edad Media había universidades creadas por decisión pontificia y otras por decisión imperial, pero a nadie se le habría pasado por la mente designar a unas universidades como cristianas por contraste con otras. Por muy católica que fuese, la Universidad de París no tenía motivo para llamarse Universidad Católica de París. En la universidad medieval había por supuesto conflicto, pero sus conflictos eran típicamente internos a una universidad, no entre universidades de inspiración distinta.

La universidad confesional, cabría decir, es un fenómeno propio de un horizonte que, en contraste con el medieval, carece de una visión de mundo compartida. El primer contexto en el que el título de “confesional” cobra sentido es el de las universidades que tras la Reforma protestante se vuelven expresión de un mundo constituido por confesiones enfrentadas. En términos sencillos, debemos decir que la universidad confesional surge con la era confesional. Y el contraste con la era precedente no es menor si se piensa en el *ius ubique docendi* –derecho a enseñar en todas partes– que hasta entonces caracterizaba al profesor universitario; ahora uno sabía que pertenecía aquí o allá<sup>5</sup>.

Pero lo que ocurre en el siglo XIX, tras el letargo de todo el sistema universitario que caracteriza al XVIII, es distinto. Las universidades católicas y protestantes de la modernidad temprana habían representado confesiones en conflicto, pero seguían al mismo tiempo participando de una cultura intelectual ampliamente compartida: en medio de sus controversias, católicos y protestantes operaban con un casi idéntico canon cultural y filosófico, que seguiría predominando en el mundo universitario hasta fines del siglo XVII<sup>6</sup>. El enorme número de universidades confesionales que surgen a fines del siglo XIX, en cambio, lo hacen en respuesta a un clima de ausencia de tradición intelectual compartida y en presencia de aguda secularización. Diagnosticar dicho siglo en tales términos sigue siendo

---

<sup>5</sup> Con todo, uno de los hechos más notables de dicha temprana división confesional de las universidades se encuentra en la relación que seguían guardando con el Sacro Imperio: los emperadores podían lamentar profundamente la división confesional, la cual habían resistido en la medida que les resultaba posible; sin embargo, continuaron concediendo licencias a las nuevas universidades fundadas en territorios protestantes. Al respecto véase Lewis Spitz, “The Importance of the Reformation for Universities: Culture and Confession in the Critical Years” en James Kittelson y Pamela Transue (eds.), *Rebirth, Reform and Resilience. Universities in Transition 1300-1700* Ohio State University Press, Columbus, 1984.

<sup>6</sup> Para una discusión ampliada de este punto, y crítica de las lecturas puramente rupturistas de la Reforma, me permito remitir a Manfred Svensson, *Reforma protestante y tradición intelectual cristiana* Barcelona, 2016.

algo común. Se trata de un fenómeno agudamente retratado en obras como “La secularización de la mente europea en el siglo XIX”, de Owen Chadwick. Pero con eso se describe un solo lado de la historia. Si el XIX fue un siglo de secularización, fue también uno de ímpetu religioso muchas veces notable; para el protestantismo, en efecto, fue el siglo de las misiones mundiales, el momento en que se volvió un fenómeno global. En el caso católico no sólo están dichas mismas misiones, sino que estamos en el siglo de surgimiento del catolicismo social. Estos fenómenos son una prueba colosal de que la orientación de la época no es unidireccionalmente secularizadora. Y es en este escenario que uno empieza a cruzarse con la universidad confesional con los desafíos y funciones que hoy la caracterizan. Pero entonces cabe describir este fenómeno como un “confesionalismo de segunda generación”. Se trata de conscientes respuestas a un mundo ya modernizado y secularizado, pero por lo mismo se trata también de una integración *sui generis* a dicho mundo.

La historia estándar de la universidad europea caracteriza al siglo XIX por el surgimiento de dos modelos, el de la universidad de investigación alemana y la universidad profesionalizante napoleónica. En el proceso, nos cuenta esta misma historia, las universidades públicas dejaron de estar marcadas por alguna orientación confesional<sup>7</sup>. Esto es cierto, pero dicho relato calla el vigor con que en respuesta surgió la nueva ola de universidades confesionales. Es, en efecto, a fines del siglo XIX que el fenómeno comienza a adquirir fuerza, con la fundación de universidades como la de Lille en 1875 o la de Fribourg en 1889. Los proyectos equivalentes en el norte y el sur de América, desde la Universidad Católica de Chile en 1888 a la Universidad Católica de Norteamérica en 1889, siguen de modo inmediato. Universidades como las de Lublin en Polonia en 1918, Nijmegen en Holanda o Milán en Italia, ambas en 1923, nos recuerdan la amplitud geográfica y temporal de ese impulso. Aunque no se extendiera a todos los países, se trata, en efecto, de un fenómeno casi tan global como la secularización a la que estaba respondiendo.

Quiero aquí detenerme en uno de estos proyectos, la fundación de la Universidad Libre de Ámsterdam en 1880. La razón para esta elección es la significativa dosis de reflexión que su fundador, Abraham Kuyper, nos ofrece respecto de la naturaleza de una institución como ésta —en este caso una universidad de inspiración calvinista— en una sociedad plural. El mismo Kuyper fundó el primer partido político de masas de Holanda, y a comienzos del siglo XX llegó a ser Primer Ministro; en el proceso habría además de unir las voluntades de los votantes católicos y los votantes protestantes tras tres siglos de acérrima controversia entre ellos, al organizarlos para asegurar el financiamiento de la educación escolar no estatal<sup>8</sup>. Quien lee su discurso de fundación de la universidad no puede sino asombrarse por la intensidad con que

---

<sup>7</sup> Walter Rüegg, *History of the University in Europe* vol. III Cambridge University Press, Cambridge, 2004. pp 4-13; 6.

<sup>8</sup> Para el conjunto de estos procesos véase James Bratt, *Abraham Kuyper: Modern Calvinist, Christian Democrat* Eerdmans, Grand Rapids, 2013.

se cruzan ahí la doble conciencia de estar en un contexto pluralista y de ser una institución con un ideario. Presentaba ahí la universidad destacando la contribución que ella haría al “enfrentamiento entre confesiones diametralmente opuestas”<sup>9</sup>. Este enfrentamiento confesional ya no era desde luego el del siglo XVI entre distintas confesiones cristianas, sino más bien uno que tomaba en cuenta el contexto ya secularizado y con una pluralidad más intensa. Pero del siglo XVI lo separaba también el hecho de que en este enfrentamiento confesional ya nadie buscaba la aniquilación del otro, las pretensiones de hegemonía se encontraban reemplazadas por la conciencia de una coexistencia sin plazo de término.

La conferencia inaugural en que era presentado este proyecto se titula “soberanía de las esferas”, y ésa ha sido desde entonces hasta nuestros días la terminología en buena parte del protestantismo para reflexionar sobre la subsidiariedad. Si algo distingue al pensamiento social de Kuyper, en efecto, es lo que podríamos llamar un pluralismo agonal: la defensa de una vigorosa sociedad civil en la educación, pero no con miras a la mera convivencia pacífica, sino con miras al contraste esclarecedor: si algo lo irritaba eran los proyectos híbridos en que era imposible captar qué principios inspiran a un interlocutor. En momentos críticos como el presente, escribe, los credos primordiales de la humanidad salen de esa mediocridad ilusoria para volver a retarse a rostro descubierto.

Tanto en el lado protestante como en el lado católico, como salta a la vista, el nacimiento de las modernas universidades confesionales fue no solo una gran apuesta institucional, sino un acto que obligaba a pensar sobre el tipo de pluralismo que se quería, y un acto arraigado en una vuelta a pensar sobre la relación entre el conocimiento y el cristianismo. Eso podía hacerse de modos distintos. Mientras en el lado católico primó la reflexión sobre la compatibilidad entre fe y razón, reflexión enmarcada en los renovados estudios sobre la escolástica que entonces tenían lugar, en el lado protestante se prestaba atención a lo ilusorio que podía ser el proyecto de una ciencia sin presuposiciones, y a la confianza con que se podía por tanto trabajar desde las propias creencias. Hoy no tenemos razón para contraponer esos dos esfuerzos: la preocupación por las relaciones entre fe y razón incluyen esta pregunta por las presuposiciones de la ciencia, y el lugar de tales presuposiciones se ha vuelto algo reconocido por un buen número de tradiciones intelectuales.

Bajo tales condiciones las universidades con ideario encuentran más fácil acogida que donde reinan pretensiones de neutralidad. Pero aunque ése giro a cierto pluralismo metodológico sea reciente, hemos visto que para la universidad confesional moderna se trata de algo vinculado a sus orígenes mismos. Una vez que captamos el sentido en que ella es un proyecto relativamente reciente, vemos no sólo que se trataba de un tipo de universidad justificado,

---

<sup>9</sup> Abraham Kuyper, “Sphere Sovereignty” en James Bratt (ed.), *Abraham Kuyper: A Centennial Reader* Eerdmans, Grand Rapids, 1998. p. 469.

sino de uno que podía surgir precisamente como respuesta no solo a la secularización, sino también a la indiferencia y al dogmatismo irreflexivo<sup>10</sup>.

#### 4. Convergencias

Los dos procesos que hasta aquí he retratado constituyen respuestas a distintas dimensiones de una misma época de cambio. Así, no es de extrañar que en parte su historia haya discurrido por caminos separados. Puede también haber tensiones entre ellos: la universidad de investigación ha hecho más por la especialización, mientras la con ideario ha mostrado mayor preocupación por la unidad del conocimiento. El sentido de la libertad académica también lo han iluminado desde distintos lados. Para ninguno de estos proyectos se trata de una simple extensión de la libertad de expresión. Para von Humboldt se trataba ante todo de una consecuencia del carácter de desarrollo constante que asignaba a la investigación. Kuyper, por su parte, si bien enfatizaba que la Universidad Libre de Ámsterdam estaba siendo proyectada como libre tanto del control estatal como del control eclesiástico, se apresuraba en señalar que “Nuestra ciencia no será ‘libre’ en el sentido de ‘independiente de sus principios’”. “Ésa, escribe, sería la libertad de un pez en tierra seca, de una flor arrancada de la tierra”<sup>11</sup>.

Pero como quiera que se aborde dichas tensiones, el constante encuentro entre estos dos proyectos –o su fusión en una misma institución– no es difícil de entender una vez que los enraizamos en las crisis de una misma época. No sólo ocurre que en buena parte de su vida todas las universidades se parecen, sino que ya en su origen estos dos proyectos tenían importantes puntos de contacto. Solemos asociar las preocupaciones metodológicas con la universidad de investigación, pero también la universidad con ideario ha sabido que orientarse implica, en palabras de Kuyper, “no solo trabajar, sino pensar respecto de cómo trabajamos”<sup>12</sup>. Al nacer contra el trasfondo de una crisis de autoridad intelectual, los dos tipos de universidad surgieron procurando proveer un saber orientado y orientador. Como hemos visto, la universidad de investigación nace en parte para responder a aquello que muchas veces imaginamos como culpa suya: la universidad de investigación nació no fomentando el exceso de información, sino como un intento por administrarlo; nació no como mera especialización, sino anclando ésta en la formación de un tipo de personalidad. Tal como entonces, hoy la universidad de investigación puede responder a los problemas en que se encuentra no haciéndose eco trivial de las críticas a la sociedad de la sobreinformación, sino

---

<sup>10</sup> Para una discusión algo más completa véase Joaquín García-Huidobro y Manfred Svensson, “Sentido de las universidades con ideario en una sociedad pluralista” en *Estudios Públicos* 140, 2015.

<sup>11</sup> Abraham Kuyper, “Sphere Sovereignty”, p. 486.

<sup>12</sup> Esta observación, y muchos otros puntos en que se nota esta convergencia de preocupaciones, puede encontrarse en Abraham Kuyper, *Scholarship: Two Convocation Addresses on University Life* Lexham Press, Bellingham, 2015.

pensando cómo sus propias prácticas pueden contribuir a distinguir el conocimiento calificado.

Ante todo, debemos subrayar que los dos tipos de universidad convergen en una común visión de la centralidad de la institución misma, de la importancia de que aquí se está siendo parte de una comunidad de investigación. Para Kuyper esto significaba que el contraste entre visiones de mundo no había de entenderse como una tarea para individuos aislados. Lo cito *in extenso*:

Todo pensador orgánico ridiculizará con razón la pretensión atomista de que los adultos deban recorrer de punta a cabo cada sistema y revisar cada confesión para luego optar por la que considere mejor. Nadie puede ni quiere hacer eso, porque ni el tiempo ni la capacidad intelectual están a nuestra disposición. Solo un necio puede pensar que ha realizado algo semejante o —si él no se desempeña en la ciencia— que otros lo han hecho. Ese tipo de “muestreo” de todos los sistemas simplemente fomenta la superficialidad, arruina el pensamiento, estropea el carácter y vuelve a la mente inapta para el trabajo sólido. Créanme que no es una mirada cursoria al conjunto de las casas, sino el examen cuidadoso de una casa bien construida, desde el subterráneo hasta el techo, lo que amplía nuestro conocimiento del arte de la construcción<sup>13</sup>.

Podría leerse estas palabras como crítica a una desarraigada concepción de la libertad. Según ella sólo sería libre la búsqueda que mira todos los proyectos desde fuera y que desde dicha perspectiva neutral logra formarse un juicio. Si las leemos así, podría tratarse de una crítica desde la universidad con ideario a un modo en que algunos han querido entender la universidad de investigación. Pero también podemos leer estas palabras como uno de los más elocuentes cruces de los dos modelos cuyo origen hemos rastreado. En ellas el pensador holandés procuraba mostrar que solo una universidad completa, explorando la totalidad del saber desde una visión de mundo, permitiría un contraste honesto entre cosmovisiones. Pero él expresa esta idea entroncando también con la crítica al “muestreo”, crítica que, como hemos visto, se encuentra en el origen mismo de la universidad de investigación.

Y es el rechazo de ambos proyectos a tal muestreo el que les permite erigirse con la pretensión de ser lugares de formación moral e intelectual, el que les permite ser lugares que no simplemente reflejan la cantidad de conocimientos y visiones que hay en su sociedad, sino que los procesan y sopesan. Es eso, finalmente, lo que les permite estar vivamente relacionados con el mundo del que forman parte, sin ser la simple caja de resonancia académica del mismo.

---

<sup>13</sup> Abraham Kuyper, “Sphere Sovereignty”, 486.